

Notas sobre una poesía

(ENTREVISTA A GONZALO ROJAS)

1. *Introducción.*

Hay figurillas chinas que acumulan increíbles cantidades de años en ciertos lugares del cuarto. Hay libros, cuadros, alfombras. Allá, en el living-biblioteca, Vallejo y su mano neurótica presidiendo, colores claros, un poemario circular de Octavio Paz colgando de un muro: se gira un disco y por huecos estratégicos se deslizan las palabras, unidades-poemas, muy breves. Las últimas aluden a la muerte y significan sólo la muerte. El poeta aclara que nunca ha dejado el disco en aquella posición.

Por todo el piso se pasea un implacable olor a barniz. Son todas las puertas que lucen un nuevo formato. El poeta no vacila en declarar al barniz reo de maldiciones. Maldice, asimismo, una afección vertebral que lo recorre entero. Tiene razón.

Y cuando le preguntamos, de improviso, lo que él entiende por la palabra poesía, afuera ha cesado de llover. Se va hacia dentro, entonces, el poeta. Se agazapa. Está pronto a atacar. Ya se presiente que quiere palabras que no lo traicionen, ni a él ni a su razón de ser. Y se abruma.

Y luego, al silencio que ha dejado la lluvia afuera y a la humedad que conjuntamente se cuelan a través de una ventana entreabierta —¡que salga el barniz!— le suceden palabras que se tropie-

zan, que avanzan y retroceden, ciertas disculpas.

Y es que, antes que nada, hablar sobre poesía es uno de los asuntos más serios que puede intentar un hombre que es un poeta.

Patricio Ríos.

2. *La poesía y su esencia.*

Soy un poeta empecinadamente larvario que no cree en la palabra publicada si lo que lleva a ese poeta a editar es un espíritu publicitante. Soy de los que no desean nada con la publicidad vergonzosa y jamás, cuando he escrito, me he dejado arrastrar por mezquinos afanes promocionales.

Pues, para mí, la palabra es un don, un don que se me da como una revelación y como una rebelión del ser que somos. No se me presenta como un imperativo con el cual haya que cumplirse publicando, yendo a la televisión, consiguiéndose charlas, etc., es decir, adoptando todos los modos que la publicidad asume en una sociedad de consumo.

La poesía, en mi criterio, es una postura moral. Un poeta es poeta en cuanto es capaz de vivir poéticamente, ya que la poesía, para él, es una aventura en la cual se le va la vida. Mi parva obra muestra la coincidencia con lo dicho.

Ahora, en lo que he escrito, he tratado de ver el parentesco que existe entre la variedad infinita de las cosas. Mi poesía ha sido una ardua lucha por capturar ese parentesco en una palabra que fuera viva y que contuviera la suma integral de lo que suena y resuena; todo ello desde el ritmo mismo de las cosas, desde su más íntima interioridad.

Puede valer un ejemplo.

Era el año 44. Yo estaba en Valparaíso. Salgo al balcón de mi casa que se daba de bruces con el mar. Había una obscuridad absoluta. La ciudad sufría un racionamiento de energía eléctrica. En el cielo las estrellas habían desaparecido. El mar permanecía silencioso, calmo hasta la irrealidad. El viento reposaba. Toda la atmósfera sugería una dimensión de lo hueco, de lo inmóvil, de lo sin voz. Entonces allí escuchaba yo a las cosas en su más esencial realidad, y surgió el poema "Al silencio", poema que no pude terminar aquella noche y que permaneció inconcluso por largo tiempo. Me importaba la palabra viva, la palabra que no traicionara aquella experiencia, y preferí, al no encontrarla aquella noche, que ella se tomara todo el tiempo que quisiera tomarse. Necesitaba que emergiera de lo obscuro de aquella noche, de su silencio. Un día, dos meses después, en un bus, un ritmo y eso que me faltaba: "Un aire, un aire, un aire nuevo, / no para respirarlo sino para vivirlo". Son los versos con que remata el poema al que he aludido.

El ritmo es para mí fundamental. Les relato otra experiencia. Fue el día en que se supo de la muerte de Ernesto "Che" Guevara. Yo estaba en Lota trabajando con los mineros. El hecho me golpeó e intenté escribir algo sobre el Comandante, como me imagino ocurriría en muchas partes del mundo. Esa noche no me resultó nada. Me fui a dormir. Durante el

sueño escuché reiteradamente las palabras "así que". Al despertar comprendí que allí estaba la clave del poema. La aparición de esas palabras reiteradas iluminaba todo lo que quería decir, situándome en la perspectiva interior del Comandante, la más apta para mis intenciones. El poema surgió, pues, desde el ritmo que me fue comunicado entre sueños.

3. *La poesía y otras formas.*

En mi opinión, la poesía debería unirse a otras artes para que llegara a una cantidad mayor de personas. La música, por ejemplo, es una buena compañera para la poesía. Pero no sólo la música. El cine también, el cine con su poderosa capacidad de situar las imágenes en el tiempo. A mí, de verdad, me gustaría trabajar mis poemas con un cineasta. Sería todo un desafío a la imaginación creadora, uno de los poderes en los cuales yo más creo.

4. *El poeta y las influencias literarias.*

Para mí, la poesía no es un labor individualista. Todo lo contrario. Pienso que no existe la figura del poeta aislado. Los poetas constituyen familias de poetas que dan origen en el plano de la cultura a líneas persistentes y constantes.

Poetizar es una tarea coral y las influencias literarias son los alimentos terrestres del poeta. Yo he conocido grandes familias de poetas, como los romanos, los latinos —Ovidio, Marcial, Catulo— a quienes leía cuando joven y con los cuales me volví a encontrar en el Pedagógico donde los releí con atención y en su propia lengua.

Por eso, no creo en los originalistas, en aquellos que piensan que son los primeros. No, nadie es quién por primera vez. Hoy existe una generación con marcado apetito de singularidad que olvidando las

fuentes cree haberlo inventado todo. Se nota que desconocen a los poetas antiguos y a los clásicos —San Juan de la Cruz, Quevedo— y han puesto tanto afán en el coloquialismo, que están bordeando lo pedestre. No se dan cuenta que detrás de figuras poderosas como Neruda o Vallejo o Cortázar se encuentra la palabra de Quevedo. Nada les dice el hecho de que los ingleses estudien y revisen constantemente a Séneca, por ejemplo.

Por eso, para mí, es de suma importancia toda la tradición latino-española.

Por otra parte, lo que vale es el poeta dentro del poema. Esta es su amarra con la tierra y con la transtierra. Uno es poeta americano, y para los americanos ha llegado “la hora de los hornos” de que habló José Martí. Para nosotros no hay otra cosa que meternos en la urdimbre americana que hoy tan bien reflejan toda una gama de escritores que han hecho del lenguaje una aventura honda y apasionante, desplazando el centro de creatividad de España a América. Entre ellos,

José Lezama Lima —en mi opinión el De Rokha de América Central—, Ernesto Cardenal, Octavio Paz.

Es en este entrecruce de líneas donde yo me encuentro a mí mismo como poeta, parte de este coro clásico-americano-universal. Universal, sí. De otro modo sería inexplicable, por ejemplo, lo que me sucedió en mi primer viaje a China. Iba yo en una barcaza acompañado de un poeta chino y del intérprete. El lugar era tranquilo, solemne, entrañable. Ibamos absortos en el momento. De pronto, el poeta me pide que sintetizara de alguna manera lo que el paisaje y la ocasión me sugerían. Pienso yo un rato y doy con una sentencia de Quevedo: “lo fugitivo permanece y dura”. El chino me mira aprobando y luego cita otro pensamiento, esta vez de un poeta de su raza, y en todo semejante al de Quevedo. A continuación agrega: “pero este pensamiento no tiene 300 años, tiene 3.000 años”.

Por eso, insisto: la poesía es un coro.

